MI PRIMERA ENTREVISTA
Y OTROS CUENTOS

ANA FRANK



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

ANA FRANK

MI PRIMERA ENTREVISTA

22 de febrero de 1944

Imaginaos que la persona objeto de mi primera entrevista supiera lo que me propongo. Lo más seguro es que se pusiera colorada y preguntara: « ¿Qué hay que decir de mí?» Pues bien, esa persona es Peter, y voy a deciros por qué le he escogido. Se me ocurrió la idea de hacer a alguien una entrevista, y como todos los de la casa han sido ya minuciosamente descritos varias veces, pensé que Peter sería un tema interesante, pues él, igual que Margot, siempre se mueve en segundo término y casi nunca se mete en nada.

Si, al caer la tarde, llamáis a la puerta de su cuarto, oiréis que os contesta, muy bajito: «Adelante.» Al entrar, le encontraréis mirándoos por entre los peldaños de la escalerilla que conduce al tejado. Os recibirá siempre con una palabra de bienvenida como « ¡Vaya!».

Su cuartito es..., bueno, en realidad creo que no es más que una especie de pasillo que lleva a la azotea. Es pequeño, oscuro y muy húmedo, pero él lo ha convertido en todo un dormitorio. Cuando se sienta a la izquierda de la escalerilla, entre él y la pared no queda más de un metro. Allí está su mesita, como la nuestra, abarrotada de libros (también los peldaños de la escalera son utilizados como estantes); delante, una silla y, al otro lado de la escalera, colgada del techo, la bicicleta. Este superfluo artefacto está envuelto en papel de embalaje. De uno de los pedales cuelga un trozo de flexible. Completa el «despacho» una lámpara, provista de pantalla de fantasía confeccionada con cartón, suspendida sobre la cabeza del propietario' del cuarto.

Sigamos contemplando la habitación desde la puerta. Junto a la pared, al lado opuesto de Peter, detrás de la mesita, hay un diván cubierto con una funda de flores azules, con el asiento metido detrás del respaldo. A la cabecera, cuelga otra lámpara, tan elegante como la primera, situada a una distancia de cincuenta centímetros, al lado de un espejo de mano y mismamente encima de una pequeña biblioteca atiborrada de libros forrados en papel de embalaje. A fin de mejorar la impresión de conjunto (o porque el propietario no encontró lugar más a propósito) hay una caja de herramientas, donde se encuentra todo lo que desaparece. Tiempo atrás, en el fondo de esta caja apareció mi queridísimo cortaplumas, y no ha sido esto lo único que, sin saber cómo, ha ido a parar allí.

Al lado de la pequeña biblioteca hay un estante forrado con papel que en otro tiempo fue blanco. Este estante estaba destinado a botellas de leche vacías y otros chismes de la cocina, pero, como sea que la biblioteca del joven inquilino ha crecido de manera arrolladora, las botellas han tenido que acomodarse en el suelo.

En la tercera pared hay otro armarito (confeccionado con un cajón de ciruelas) en el que se almacenan objetos tan heterogéneos como una brocha de afeitar, una navaja, tiras de papel engomado, purgantes, etc. Al lado del armarito, se encuentra la obra maestra del joven Van Daan. Un armario de cartón, con sólo dos o tres soportes de material ligeramente más sólido. Este armario, repleto de trajes de caballero, chaquetas, calcetines, zapatos y similares, está cubierto con una preciosa cortina, que Peter tardó varias semanas en conseguir de su madre. Encima del armario hay tantas cosas que resulta imposible detallarlas todas.

También el suelo del joven Van Daan merece ser contemplado. El joven lo ha recubierto con auténticas alfombras persas (dos grandes y una pequeña), cuyo vistoso colorido atrae inmediatamente la mirada del visitante. Pero, si no anda con cuidado, tropezará con los desniveles del pavimento.

Dos de las paredes están tapizadas de yute verde. Las otras dos, recubiertas de anuncios y fotografías de estrellas de cine, más o menos guapas. No hay que fijarse demasiado en las manchas de grasa y humo de las paredes. Es lógico que, al cabo de año y medio de residencia, estén un poquito sucias.

El techo, que tampoco es muy seguro, consta, como todos los de aquí, de unas vigas bastante viejas.

Para evitar que la lluvia penetre en la habitación, ha sido necesario tapar las grietas del techo con tiras de cartón. Este sistema no es del todo eficaz, como demuestran, bien a las claras, las manchas que han aparecido.

Me parece que ya hemos recorrido toda la habitación. Solamente me resta describir las dos sillas. Una es de color castaño, con asiento de paja trenzada. La otra es una vieja silla blanca, de cocina, que Peter quiso pintar el año pasado, pero al empezar a rascar, comprendió que la cosa no marchaba bien, por lo que ahora la silla, mitad blanca y mitad negra, con un solo travesaño (el otro lo utilizamos como atizador), no tiene muy buena facha. Pero, como queda dicho, la habitación es oscura, por lo que la silla queda bastante disimulada. La puerta de la cocina está cubierta de delantales y, un poco más allá, hay unos cuantos trapos para el polvo y cepillos.

Después de esta descripción, ya conocéis el cuarto de Peter y todo lo que contiene, a excepción de su dueño, el propio Peter. De modo que voy a tratar de dar cabida en él al propietario de todos estos cachivaches.

El aspecto de Peter varía notablemente según se le vea el domingo o en día laborable. Entre semana, lleva un guardapolvo del que nunca se separa, por temor a que el pobrecito sufra demasiados lavados.

Esta actitud me parece inexplicable, a menos que sea motivada por el temor de que se estropee prenda tan delicada. De todos modos, hace poco ha sido lavado y ahora puede apreciarse que su color es azul. Arrollada al cuello, una bufanda azul, de la que tampoco se separa nunca. A la cintura, ancho cinturón de cuero castaño, y en los pies, calcetines de lana blancos. Éste es el atuendo de Peter para los lunes, martes, miércoles y todos los días laborables. El domingo parece otro. Traje impecable, zapatos nuevos, pullover, corbata..., en fin, un hombre elegante. Hasta aquí, lo referente a su aspecto exterior. En cuanto a su carácter, tengo que decir que últimamente he cambiado de opinión por completo. Antes me parecía soso y estúpido, pero ahora veo que no es ni una cosa ni otra, y todos estarán de acuerdo en afirmar que se ha vuelto muy simpático.

Estoy convencida de que es bueno y generoso. Siempre fue modesto y servicial, y tengo la impresión de que es mucho más sensible de lo que parece. Tiene una gran pasión, que no debo silenciar: los gatos. Todo le parece poco para Mouschi y Moffi, y creo que su cariño es correspondido. No es cobarde, todo lo contrario, pero tampoco es jactancioso, como algunos muchachos de su edad. No tiene nada de tonto y posee muy buena memoria.

No hace falta añadir que es guapo, eso lo ve cualquiera. Tiene un cabello precioso, castaño y ondulado, ojos de un color azul grisáceo..., pero siempre fue mi punto flaco describir rostros. De modo que lo mejor será que, después de la guerra, pegue su fotografía junto a las de los demás habitantes de la casa, por lo que no es preciso seguir con la descripción.

29 de diciembre de 1943

Oma[1] se mostraba siempre buena y cariñosa, y no dejaba que nadie se fuera de su lado sin un buen consejo o una frase de consuelo. Siempre encontraba disculpas para todo, incluso para mis peores trastadas. Oma, ¿me querías, o tampoco tú me comprendías? No lo sé. A Oma nadie le contaba nada. ¡Qué sola debía de sentirse, a pesar de tenernos a todos a su lado! Una persona puede sentirse sola, incluso rodeada de su familia, cuando no es para nadie «lo primero del mundo».

6 de enero de 1944

[1] Omi era la abuela paterna de Ana y Oma, la materna.

¡Qué extraño! Desde que estamos aquí, a menudo tengo sueños clarísimos. Una noche vi a Omi con toda claridad. Vi incluso las arrugas de su rostro. Luego se me apareció Oma como ángel de la guarda.

3 de marzo de 1944

También es Oma la que me protege y me hace sentir alegre.

EL POZO DE LA INIQUIDAD

No se preocupen. No pienso dar una lista de ejemplos para ilustrar mi título. Mi razón de haberlo elegido es que ayer vi esas palabras en una revista (C & T, n° 8).

¿En relación con qué?, se preguntarán. Voy a responder enseguida. «El pozo de la iniquidad» se refería a unas escenas de desnudo en una película, que el crítico sin duda consideraba indecentes. No llegaré a decir que no tuviese razón, pero en general considero que en Holanda la gente tiende a juzgar mal a cualquiera que no lleve suficiente ropa.

Esta actitud se conoce como gazmoñería y por una parte puede tener algo de bueno, pero por otra, si se enseñase a los niños que todo lo que tenga que ver con la desnudez es indecente, el resultado sería que muchos se preguntarían: ¡Vamos! ¿No están todos locos?

Y yo no puedo menos que estar de acuerdo con ellos. El recato y la gazmoñería pueden ir demasiado lejos, cosa que es un hecho indudable en Holanda, si pensamos que sólo basta pronunciar la palabra «desnudo» para que la miren a una de todos lados como quien mira al ser más impropio del mundo.

Que nadie crea que soy de esas personas que aspiran a que todos vivamos como los hombres de las cavernas, corriendo con sólo una piel encima. No, sólo pido que nuestra vida sea un poco más libre, más natural, más espontánea. Y ahora quiero hacer la pregunta siguiente: ¿Vestimos a las flores cuando las recogemos? ¿Y decimos alguna vez algo acerca de su aspecto?

No creo que seamos tan distintos de la Naturaleza. Y si como personas somos parte de la Naturaleza, ¿por qué habría de avergonzarnos la forma en que ella nos ha vestido?

EL ÁNGEL DE LA GUARDA

22 de febrero de 1944

Hace muchos años, una anciana vivía con su nieta en una casita situada en el lindero de un bosque. Los padres de la niña habían muerto y la abuela cuidaba de ella.

El paisaje en que vivían era muy solitario, pero ellas dos no echaban de menos á nadie, y se encontraban muy a gusto, la una en compañía de la otra.

Una mañana la anciana no pudo levantarse de la cama. Tenía dolores en todo el cuerpo.

Su nieta, que tenía ya catorce años, la cuidó lo mejor que pudo.

Al cabo de cinco días, la anciana murió, y la muchacha se quedó sola en la casa. Como no conocía a nadie, ni necesitaba de nadie para enterrar a su abuela, ella misma cavó una profunda fosa al pie de un viejo árbol del bosque y allí enterró a su abuela. Cuando la pobre muchacha volvió a la casa la encontró muy triste y vacía. Se echó sobre la cama y se puso a llorar con gran desconsuelo. Así pasó todo el día.

Al llegar la noche, se levantó para prepararse algo de comer.

De este modo, transcurrieron varios días. La muchacha estaba muy abatida y no hacía más que llorar por su querida abuelita. Entonces ocurrió algo que, de la noche a la mañana, lo cambió todo. Una noche, mientras la muchacha dormía, se le apareció su abuela. Iba vestida de blanco. Sus blancos cabellos le caían sobre los hombros y llevaba una lucecita en la mano. La joven se la quedó mirando y esperó a que la aparición empezase a hablar.

-Querida mía le dijo su abuela-, hace ya cuatro semanas que te observo y no haces más que llorar y dormir.

»Esto no puede ser. He venido para decirte que debes trabajar, hilar, cuidar de la casa y arreglarte. No pienses que porque me haya muerto no me ocupo de ti. Desde el cielo, no dejo de observarte. Soy tu ángel de la guarda y estoy a tu lado, igual que antes.

»Vuelve a tu trabajo sin acobardarte y no olvides que tu abuela no te abandona.

Con estas palabras, desapareció, y la muchacha siguió durmiendo. Pero al despertarse, a la mañana siguiente, recordó las palabras de su abuela y sintió una gran alegría al comprender que no estaba sola.

Volvió al trabajo, se compró una rueca en el mercado e hizo lo que le había dicho su abuela. Años más tarde, también en este mundo encontró compañía. Casó con un molinero muy trabajador.

Durante toda su vida pensó en su abuela con agradecimiento por no haberla dejado sola y siempre creyó que aunque hubiera encontrado otra compañía, su ángel guardián no la abandonaría nunca.

23 de febrero de 1944

Pensamiento:

Carecemos de muchas cosas, y desde hace tiempo. Lo siento tan bien como tú. No estoy hablando de cosas externas. De eso tenemos bastante. No, hablo de las cosas que nos hacen vibrar interiormente. Ansío, tanto como tú, tener libertad y poder respirar a pleno pulmón, pero ahora creo que, por estas privaciones, estamos ampliamente recompensados. Lo comprendí de pronto, esta mañana, al mirar por la ventana. Al mirar hacia fuera y percibir la existencia de Dios en lo más profundo de la Naturaleza, me sentí feliz, completamente feliz. Peter, mientras conservemos en nosotros esta facultad, la facultad de gozar de la Naturaleza y de la salud, nunca podremos sentirnos desgraciados. La riqueza, el prestigio, todo puede perderse, pero, si conservamos la alegría del corazón, podremos seguir siendo felices mientras vivamos. Mientras podamos mirar al cielo sin temor sabremos que conservamos el corazón puro y que, pase lo que pase, podremos volver a ser felices.

LA FELICIDAD

12 de marzo de 1944

Antes de empezar mi relato, voy a resumir mi vida hasta hoy.

No tengo madre (en realidad, no llegué a conocerla), y mi padre no tiene tiempo para mí. Cuando murió mamá, yo tenía dos años: mi padre me confió a unas personas muy buenas, con las

que estuve cinco años. A los siete, ingresé en un internado, en el que permanecí hasta los catorce. Cuando, por fin, salí de allí, mi padre me llevó a vivir con él.

Ahora estamos en una pensión, y yo voy al Instituto. Mi vida transcurría con toda normalidad hasta que..., sí, hasta que llegó Jacques.

Jacques y sus padres vinieron a vivir a nuestra pensión. El y yo nos cruzamos varias veces en la escalera, luego nos encontramos casualmente en el parque y, después, fuimos varias veces a pasear por el bosque.

Jacques me parecía un muchacho muy simpático, aunque callado y algo taciturno, pero creo que eso era precisamente lo que más me atraía. Nuestros paseos se hicieron más y más frecuentes. Ahora él a menudo entra en mi habitación a charlar o yo voy a la suya. Hasta ahora, no había conocido tan a fondo a ningún muchacho y me sorprendió mucho que no fuera un bravucón como los chicos de la escuela.

Dejé de pensar tanto en mí misma y empecé a pensar en Jacques. Yo sabía que sus padres siempre estaban peleándose, y comprendía que a él esto debía molestarle extraordinariamente pues una de sus características más acusadas es su amor a la paz. A menudo me sentía triste y sola, seguramente porque no tengo madre y nunca tuve una amiga en quien poder confiar. A Jacques le ocurría lo mismo. No tenía amigos íntimos y también él necesitaba confiar en alguien. Pero yo no podía dar el primer paso, y siempre hablábamos de cosas insustanciales.

Un día, entró en mi habitación con un pretexto cualquiera. Yo estaba sentada en un almohadón, mirando al cielo.

-¿Te molesto? -me preguntó al entrar.

-No, de ninguna manera -contesté volviéndome hacia él-. Pasa y siéntate. ¿A ti no te gusta soñar despierto?

Él apoyó la frente en el cristal de la ventana.

-Sí; yo también sueño a menudo. ¿Sabes cómo le llamo a eso? Contemplar la historia del mundo.

-Una frase feliz, muy apropiada. No se me olvidará -dije yo, entusiasmada.

-Sí.

Él me miró con una de sus raras sonrisas que siempre me desconcertaban. No sabía de qué se reía. Nos pusimos a hablar de cosas triviales y, al cabo de media hora, se marchó.

A los pocos días, volvió a entrar. Yo estaba sentada en el mismo sitio, y él se colocó otra vez junto a la ventana. Hacía un día espléndido. El cielo tenía un azul intenso. La ventana estaba muy alta. No veíamos las casas; por lo menos, yo no miraba hacia abajo. De las ramas del pelado castaño que había delante de la casa colgaban gotas de rocío que el sol hacía brillar. Los pájaros revoloteaban junto a la ventana y de todas partes se oían trinos.

No podría explicar lo que nos pasó, pero ninguno de los dos se atrevía a decir ni una palabra. Estábamos juntos, en la misma habitación y bastante cerca uno de otro, pero casi ni nos mirábamos. Sólo mirábamos al cielo y hablábamos con nosotros mismos. Hablo por los dos porque estoy segura de que él sentía lo mismo que yo, y tenía tan pocas ganas como yo de romper el silencio. Al cabo de un cuarto de hora, dijo:

-Cuando contemplas esto, ¿no te parece una locura que la gente se pelee? ¡Ahora todo parece carecer de importancia! Claro que no siempre pienso así.

Me miró con timidez, como temiendo que no le comprendiera, pero yo me sentía muy contenta de que él esperase mi respuesta y de haber encontrado, por fin, a alguien con quien poder compartir mis ideas.

¿Sabes lo que pienso? -dije yo-. Que es una tontería pelearse con los que nos son indiferentes; con los demás, ya es otra cosa; porque, como les queremos, nos duele más.

-También tú lo crees así. Sin embargo, en -tu familia no hay discusiones.

-No muchas, pero sí las suficientes para saber lo que es eso. Para mí, lo más triste es que la mayoría de la gente vaya sola por el mundo.

-¿Qué quieres decir?

Jacques me miró fijamente. Yo me decidí a explicarme mejor. Tal vez consiguiera ayudarle.

-Quiero decir que muchas personas, casadas o no, se sienten solas porque no tienen a nadie a quien comunicar sus pensamientos, y esto es lo que yo echo de menos.

Yo también -fue lo único que dijo él. Volvimos a contemplar el cielo durante un rato. Luego, él prosiguió-: Los que no tienen a nadie con quien hablar, como tú dices, carecen de mucho. Y esto es, precisamente, la causa de mi abatimiento.

-No estoy de acuerdo. No es que, en determinado momento no puedas sentirte triste; contra eso no puedes hacer nada. Pero saber de antemano que tienes que estarlo... ¡Eso no! Pues, cuando estás triste, lo que buscas es, precisamente, la felicidad, y no la consigues porque no tienes con quien hablar. Pero la felicidad está en ti mismo y una vez la hayas encontrado, ya nunca podrás perderla. No me refiero únicamente a las cosas materiales, sino a las del espíritu. Yo creo que cuando una persona encuentra la felicidad en sí mismo nunca más la pierde.

-¿Y cómo la encontraste tú?

-Ven conmigo -le dije, poniéndome de pie. Le llevé a la buhardilla. Desde la ventana se divisaba un buen pedazo de cielo-. Mira, si quieres encontrar la felicidad en ti mismo, tienes que salir de casa un día como hoy, con mucho sol y cielo azul, o asomarte a una ventana como ésta, desde la que se divise toda la ciudad bajo un cielo sin nubes.

»Voy a decirte lo que a mí me ocurrió. Estaba en el internado. Aquello era un asco. Cuanto mayor me hacía, peor lo pasaba. Un mediodía, después de la clase, salí al campo sola. Allí me senté

y me puse a soñar un poquito. Al mirar al cielo me di cuenta de que hacía un día maravilloso. Hasta aquel momento no lo había advertido porque estaba demasiado absorta en mis propias penas.

»Pero cuando, al mirar en torno mío, vi que todo era tan hermoso, dejé de oír aquella vocecita que no hablaba más que de cosas tristes. Entonces no sentí sino que lo que me rodeaba era bello y lo único verdadero.

»Allí me quedé más de media hora. Cuando, por fin, me levanté para volver a la aborrecida escuela, ya no me sentía deprimida; al contrario, todo me parecía hermoso y bueno, como era en realidad. »Más tarde comprendí que aquel día, por primera vez, había encontrado la felicidad en mí misma y que en todas partes se podía ser feliz.

-¿Y entonces cambiaste? -preguntó él en voz baja.

-Me sentía distinta cuando era feliz. Pero desde entonces no siempre he sido feliz, no creas. He seguido refunfuñando bastante, pero no he vuelto a sentirme tan desdichada como antes. Comprendo que mi tristeza venía de la compasión que sentía por mí misma, y que la felicidad nace del contento.

Cuando acabé de hablar, él siguió mirando por la ventana, pensativo, sin decir nada. Luego se volvió bruscamente hacia mí y me dijo:

-Todavía no he hallado la felicidad, pero he hallado algo más: una persona que me comprende.

Enseguida supe lo que quería decir, y desde aquel día, nunca más me he sentido sola.

26 de julio de 1943

Volvimos a subir. Y con el tiempo justo, pues, al cabo de cinco minutos, empezaron a oírse las explosiones. El bombardeo era tan fuerte que nos metimos en nuestro «refugio» del pasillo. La casa retumbaba, y se oía claramente el estallido de las bombas. Yo apretaba el maletín debajo del brazo, más para asirme a algo que para echar a correr. Pues salir de aquí no podemos. Si, en última instancia, tenemos que huir, la calle será para nosotros tan peligrosa como un bombardeo.

8 de noviembre de 1943

Esta noche, mientras Elli estaba todavía aquí, llamaron a la puerta con insistencia. Yo me quedé blanca como el papel. Sentía dolores en todo el cuerpo y fuertes latigazos en la cabeza. Casi

me desmayé de terror. Cuando estoy en la cama, por las noches, tengo visiones horribles. Me veo sola, en una cárcel, sin padre ni madre. Otras veces, voy andando sin rumbo, o veo incendiarse nuestro escondite, o vienen a llevárselos.

Lo veo todo como si estuviera sucediendo realmente, y no puedo librarme del presentimiento de que pronto va a suceder algo espantoso. Miep suele decir que nos envidia, porque tenemos tranquilidad. En principio, tiene razón, pero no piensa que vivimos en una continua zozobra. No puedo imaginar que el mundo vuelva a ser lo que fue. A menudo hablo de lo que haré «después de la guerra», pero es como hablar de un castillo en el aire, de algo que jamás podrá realizarse. Cuando pienso en nuestra casa, en las amigas, en la escuela, con sus penas y alegrías, me parece que no he sido yo, sino otra persona la que lo ha conocido.

Me da la sensación de que nosotros ocho, las ocho personas que vivimos en este interior, habitamos un pedacito de cielo azul rodeado de nubes negras. Todavía estamos seguros, pero las nubes se van oscureciendo y el cerco que nos separa del peligro se va estrechando. La oscuridad acaba por envolvernos y, al buscar desesperadamente una salida, nos atropellamos unos a otros. Abajo, los hombres luchan entre sí, y miramos hacia arriba, donde todo es paz y felicidad. Pero este cerco nos impide llegar hasta allí y acabará por ahogarnos a todos. Y yo no puedo hacer más que suplicar. ¡Cerco, ensánchate! ¡Déjanos salir de aquí!

MIEDO

25 de marzo de 1944

Aquéllos fueron días de terror. A nuestro alrededor, tronaba la guerra y nadie sabía si, a la hora siguiente, seguiría con vida.

Yo vivía en la ciudad, con mis padres y hermanos, pero esperábamos ser evacuados de un momento a otro, o tener que huir. Durante el día no se oía más que disparos. Por la noche, los fogonazos se sucedían ininterrumpidamente y en nuestros oídos retumbaban detonaciones ahogadas, que parecían salir de las entrañas de la tierra.

No puedo describirlo. No recuerdo claramente aquellos días de pesadilla. Sólo sé que el miedo no me dejaba ni un instante. Mis padres hacían cuanto podían por calmarme, pero sin conseguirlo. Yo no comía ni dormía, sólo temblaba.

Así pasó una semana, y llegó una noche que recuerdo como si hubiera sido ayer.

A las ocho y media, cuando parecía que las explosiones empezaban a amainar, y yo me acababa de echar, vestida, en un diván para dormitar un poco, se oyeron dos espantosas detonaciones

Librodot

que nos llenaron de pavor. Todos nos levantamos como si nos hubieran pinchado, y salimos al corredor.

Incluso mamá, de ordinario tan serena, había palidecido. Las explosiones continuaron cadenciosamente. De pronto, se oyó un tremendo estallido seguido de un horrible griterío. Yo salí corriendo tan aprisa como pude. Con una mochila colgada del hombro y vestida con ropas de abrigo; escapé de allí. No sabía adónde iba, sólo quería alejarme de aquel brasero.

A mí alrededor, corría la gente gritando; la calle estaba iluminada por el resplandor de las llamas. Todo tenía un extraño color rojo.

Yo no me acordaba de mis padres ni de mis hermanos, sólo pensaba en mí misma y en salir de allí. No experimentaba ningún cansancio, mi terror era mayor que nunca. Ni me di cuenta de que había perdido la mochila. Yo sólo corría.

No podría decir cuánto rato estuve corriendo entre las casas que ardían y la multitud que chillaba de miedo. De pronto, advertí que a mi alrededor se había hecho el silencio. Miré en torno, como si acabara de despertar de un sueño, y no vi a nadie. Allí no había ni incendios, ni bombas, ni gente.

Me detuve, miré con más atención lo que me rodeaba. Me encontraba en un prado. Sobre mi cabeza brillaban las estrellas y la luna. El aire estaba limpio y la noche era fresca, aunque no hacía frío. No se oía nada. Cansada, me dejé caer en la hierba, extendí la manta que todavía llevaba colgada del brazo y me tumbé encima de ella.

Miré al cielo. De pronto, me di cuenta de que ya no tenía miedo; al contrario, estaba muy tranquila.

Lo increíble era que no pensaba en mi familia, ni la echaba de menos. Lo único que quería era descansar. Al poco rato, me quedé dormida entre la hierba y bajo las estrellas. Cuando desperté, acababa de salir el sol. Enseguida supe dónde estaba. A la luz del día, divisé, a lo lejos, la silueta familiar de las casas que se levantaban en las afueras de nuestra ciudad.

Me restregué los ojos. Por allí no se veía a nadie. Sólo los tréboles y los dientes de león me hacían compañía. Volví a echarme sobre las mantas y me puse a pensar en lo que iba a hacer, pero mi pensamiento volvía, una y otra vez, a aquella maravillosa sensación que me embargara por la noche cuando, al verme en el prado, todos mis temores se desvanecieron.

Después encontré a mis padres y, juntos, nos fuimos a otra ciudad. Ahora, que la guerra ha terminado, he comprendido por qué se esfumó entonces mi temor.

Al encontrarme a solas con la Naturaleza, comprendí, aun sin darme cuenta, de que el miedo no sirve de nada. Que todo aquel que sienta miedo, como yo lo sentí entonces, que procure identificarse con la Naturaleza, pues Dios está mucho más cerca de lo que supone la mayoría de los hombres.

Desde aquel momento, a pesar de que cerca de mí han caído muchas bombas, nunca más he tenido miedo.

¡DAR![2]

26 de marzo de 1944

¿Cuántos de los que viven en casas cómodas y bien caldeadas, tienen idea de la vida que han de soportar los pobres?

¿Cuántas de esas personas que se consideran «buenas» y «caritativas», se han preguntado alguna vez cómo viven tantos y tantos semejantes suyos, grandes y pequeños? Sí, algunas veces habrán arrojado un groschen a un mendigo, pero cerrando luego la puerta apresuradamente. ¡Y a la mayoría incluso les repugna rozar aquella mano! ¿Es o no es verdad? ¡Y después se extrañan que los mendigos sean tan desvergonzados! ¿Es que el verse tratados como perros, más que como seres humanos, no les ha de inducir a mostrar desvergüenza? Es triste, muy triste, que en un país como Holanda, dotado de una buena legislación social y de una población honrada, la gente sea tratada de este modo. Para la mayoría de ciudadanos acomodados, el mendigo es un ser inferior, repulsivo y sucio. Pero ¿quién se ha preguntado alguna vez por qué? Comparad a vuestros hijos con los hijos de los mendigos. ¿Dónde está la diferencia? Los vuestros están limpios y hermosos; los otros, sucios y flacos. ¿Eso es todo? Sí, ahí está toda la diferencia. Si a un pequeño mendigo se le viste con buenas ropas, se le alimenta bien y se le enseñan buenos modales, la diferencia habrá desaparecido.

Todos los hombres nacen iguales. Todos vienen al mundo indefenso e inocentes. Todos los hombres respiran el mismo aire. Muchos creen en el mismo Dios. Y, a pesar de todo, para muchos, las diferencias son enormes. Y son enormes porque nunca se han detenido a pensar de dónde provienen tales diferencias. Si lo hubieran hecho, no habrían tardado en darse cuenta de que, en realidad, no existen.

Todos los hombres nacen iguales y todos han de morir. Nadie puede llevarse de este mundo sus riquezas. La fortuna, el poder y los honores duran pocos años. ¿Por qué aferrarse, pues, con tanto afán a lo que es efímero? ¿Por qué, los que tanto tienen no pueden dar a sus semejantes lo que a ellos les sobra?

Y, lo que es más importante, no arrojar la limosna, sino darla con amor. Todo el mundo tiene derecho a ser tratado con consideración. ¿Por qué nos merece más respeto una mujer rica que una

[2] «Por mucho dar nadie se arruina», refrán de la abuela de Ana, que a menudo citaba la familia Frank.

pobre? ¿Sabe alguien cuál es la mejor de las dos? La calidad de una persona no se mide por su riqueza ni por su poder, sino por su bondad. Todos los hombres, por ser hombres, tienen sus flaquezas y sus defectos, pero todos nacieron con grandes cualidades. Lo que hay que hacer es fomentar sus cualidades, en lugar de aplastarlas. Hay que tratar a los pobres como seres humanos. No basta con darles dinero, alimentos o ropas. Además, no todo el mundo está en disposición de dar cosas así.

Hay que empezar por lo pequeño. Por ejemplo, en el tranvía, ceder el asiento lo mismo a las mujeres elegantes que a las de condición humilde. Disculparse cuando se da un pisotón a un pobre con la misma urbanidad que cuando se pisa a un rico. Esto cuesta poco y, en cambio, consuela tanto... A los pequeños mendigos, que de tantas cosas carecen, ¿por qué no ofrecerles un poco de afecto? Es sabido que el buen ejemplo engendra buenas acciones. ¿Por qué no eres tú el primero? Los demás no tardarían en imitarte. Los hombres se volverían más amables y generosos hasta que, al fin, nadie miraría a los pobres con desprecio.

¡Oh, si pudiéramos darnos cuenta, primero, en Holanda, luego en Europa y, por fin, en todo el mundo, de que no obramos con rectitud! ¡Si pudiéramos amar a nuestros semejantes, si pudiéramos comprender que todos somos iguales y que las cosas de este mundo son pasajeras!

¡Qué maravilloso es que no tengamos que esperar ni un minuto para empezar a cambiar el mundo, poquito a poco! ¡Qué maravilloso es que todos, grandes y pequeños, podamos contribuir a imponer la justicia! ¡Y pensar que la mayoría busca la justicia en lugares tan insólitos, y luego se queja de que no la encuentra!

Abre los ojos, sé tú el primero en hacer justicia. Da todo lo que puedas. Porque siempre se puede dar algo, aunque no sea más que afecto. Si la gente no fuera tan tacaña de simpatía, habría en el mundo más amor y más justicia. Da y recibirás mucho más de lo que nunca creíste posible recibir. ¡Da, una y otra vez, sé fuerte, resiste y da! «Por mucho dar nadie se arruina.»

Si lo hacemos así, dentro de un par de generaciones los hombres no tendrán que compadecerse de los pequeños mendigos, pues éstos no serán ya dignos de compasión.

En el mundo hay sitio, riqueza, dinero y belleza para todos. Dios nos ha dado bastante. Vamos, pues, a repartir sus dones con justicia.

EL ENANO SABIO

18 de abril de 1944

Érase una vez una pequeña sílfide llamada Dora. Dora era, además de hermosa, muy rica, y sus padres la mimaban terriblemente. Dora siempre reía, reía de la mañana a la noche; para ella todo

eran alegrías, y no había dolor que la preocupara. En el mismo bosque en el que vivía Dora habitaba también un duendecillo llamado Peldron. Peldron era todo lo contrario de Dora; mientras ella disfrutaba de todo lo bello, él se entristecía por el dolor que afligía al mundo y, sobre todo, al país de las hadas.

Cierto día, Dora tuvo que ir a llevar un encargo de su madre al zapatero del pueblo, y quiso el azar que se encontrara con el taciturno Peldron.

Dora era realmente encantadora, pero, como todos la encontraban tan simpática, era también bastante presumida. Como era tan traviesa, se fue corriendo hacia Peldron, le cogió su gorro puntiagudo y salió corriendo con el gorro en la mano, riéndose a carcajadas. Peldron se puso furioso por aquella insolencia. Golpeando el suelo con el pie, gritó:

-¡Devuélveme mi gorro! ¡Qué criatura más insoportable! ¡Devuélvemelo enseguida!

Pero Dora no tenía la menor intención de hacerlo. Siguió corriendo y escondió el gorro en el tronco hueco de un árbol. Luego, siguió su camino en dirección a la casa del zapatero. Después de una larga búsqueda, Peldron encontró su gorro. No le gustaban las bromas ni le gustaba Dora. Furioso, continuó su camino. De pronto, una voz muy profunda le sacó de sus cavilaciones, sobresaltándole.

-Óyeme, Peldron. Soy el enano más viejo del mundo, y también el más pobre. ¿No podrías darme alguna cosa para comprarme comida?

Peldron movió la cabeza negativamente.

-No, no te doy nada. Lo mejor es que te mueras, así no tendrás que seguir soportando las miserias de este mundo. -Y siguió su camino sin volver la cabeza.

Cuando Dora cumplió su encargo en casa del zapatero, emprendió el regreso hacia su hogar. Por el camino, también encontró al viejo enano, que le pidió limosna.

-No -le dijo Dora-; no te doy dinero. No deberías ser pobre. El mundo es tan hermoso que no puedo perder tiempo con pobres.

Y se fue, saltando y brincando.

Dando un suspiro, el enano se sentó en el musgo y se puso a pensar en lo que habría que hacer con aquellas dos criaturas. El uno era demasiado pesimista, la otra demasiado alegre y, si no se corregían, ninguno de los dos haría nada de provecho en esta vida. Porque habéis de saber que el viejo enano no era ningún enano vulgar, sino un mago, pero un mago bueno, que quería que todos los hombres, duendes y hadas fueran mejores para que el mundo fuera también mejor. Estuvo reflexionando durante una hora. Luego se levantó y, muy despacio, se encaminó hacia la casa de los padres de Dora.

Al día siguiente de su encuentro en el bosque, Dora y Peldron fueron encerrados en una casita. Estaban prisioneros. El enano se los había llevado para educarlos, y, cuando el enano tomaba semejante decisión, los padres no podían oponerse.

¿Qué tenía que hacer la pareja en aquella casita? No podían salir de allí, ni pelearse, y debían trabajar durante todo el día. Estas eran las tres condiciones impuestas por el enano. De modo que Dora trabajaba y bromeaba y Peldron trabajaba y cavilaba. Cada tarde, a las siete, iba el enano para inspeccionar su labor, y luego los abandonaba a su suerte.

¿Qué debían hacer para recobrar la libertad? Sólo esto: obedecer al enano. Pero eso se dice pronto.

No podrían salir de allí, ni pelearse, y tenían que trabajar mucho.

¡Oh, qué penoso para Dora tener que ver a todas horas al soso de Peldron! Peldron aquí y

Peldron allá, y siempre Peldron. Pero tampoco tenía mucho tiempo para hablar con él, pues Dora tenía que guisar (su madre le había enseñado), limpiar la casa, y, si le quedaba tiempo, hilar.

Peldron, por su parte, tenía que pasar muchas horas en el huerto, partiendo leña y cultivando la tierra. Cuando terminaba el trabajo de la jornada, remendaba zapatos. A las siete, Dora le llamaba para que fuera a cenar. Después, los dos estaban tan cansados que apenas les quedaban fuerzas para contestar al enano cuando éste iba, por la noche, a inspeccionar el trabajó.

Así vivieron durante una semana. Dora seguía tan retozona como de costumbre, pero ya empezaba a ver el lado serio de las cosas, y a comprender que había en el mundo mucha gente que sufría grandes penalidades, y que no era ningún lujo superfluo socorrer a esa gente en vez de sacársela de encima con un desplante.

Peldron, por su parte, perdió también algo de su mal humor y ahora, algunas veces, mientras trabajaba, hasta silbaba o se reía de los chistes de Dora.

El domingo fueron con el enano a la capilla que en Elfendorf (así se llamaba el pueblo) estaba siempre muy concurrida. Prestaron más atención que de costumbre a las palabras del enano párroco y, al volver a casa paseando por el bosque, se sintieron satisfechos.

Porque os habéis portado bien, podéis pasar el día fuera, como solíais hacer antes, pero recordad que mañana tenéis que volver al trabajo. No volváis a vuestra casa ni vayáis a la de ningún amigo. Vosotros dos tenéis que seguir juntos.

Ninguno de los dos pensó en protestar. Ambos estaban encantados de poder ir al bosque. Pasaron el día bailando, contemplando los pájaros, las flores y el cielo azul, y disfrutaron del sol. Fueron felices.

Por la noche volvieron a la casita del enano y durmieron toda la noche de un tirón. A la mañana siguiente, reanudaron su trabajo. El enano los retuvo durante cuatro meses. Los domingos

iban a la iglesia y luego al bosque y durante la semana trabajaban con tesón. Al cabo de cuatro meses, una tarde, el enano cogió a uno de cada mano y los llevó al bosque.

-Hijos míos -les dijo-, muchas veces os habréis sentido enojados conmigo porque os impedía volver a vuestras casas. Estoy seguro de que los dos deseáis volver allí.

Ellos asintieron.

-Pero comprenderéis, también, que vuestra estancia aquí os ha servido de mucho.

No, ni Dora ni Peldron acababan de comprenderlo.

-Voy a explicároslo. Os traje aquí para haceros ver que en el mundo no todo es alegría ni todo es dolor. Ahora estáis mejor preparados para la vida. Dora es más seria v Peldron algo más alegre, gracias a estos meses de convivencia, durante los cuales habéis tenido que modificar vuestro modo de ser. Y me parece que os lleváis mucho mejor que antes, ¿verdad, Peldron?

-Sí, Dora me es mucho más simpática -dijo el duendecillo.

-Volved, pues, con vuestros padres, y recordad siempre vuestra estancia en la casita. Alegraos de todo lo bueno que os brinda la vida, pero no olvidéis a los que sufren, y procurad consolarles y ayudarles a soportar su desgracia. Todos los hombres pueden ayudarse entre sí; también las hadas y los duendes, y hasta los más pequeños, como vosotros dos, pueden hacerlo. Marchaos, pues, y no me guardéis rencor. Hice por vosotros lo que pude, y fue por vuestro bien. Adiós, hijos míos.

-Adiós -dijeron. Dora y Peldron, y, a toda prisa, se fueron cada uno a su casa.

El viejo enano se sentó en la hierba y pensó que ojalá todas las criaturas se dejaran conducir por el buen camino con la misma docilidad que aquellos dos.

Dora y Peldron vivieron felices toda la vida. Habían aprendido que al mundo se viene a reír y a llorar, cada cosa a su tiempo. Y después, mucho después, cuando fueron mayores, por propia voluntad, vivieron juntos en una casita. Dora se ocupaba de las labores caseras y Peldron trabajaba en el campo, igual que habían hecho entonces, cuando eran pequeños.

24 de diciembre de 1943

Créeme, un año y medio de encierro es demasiado. Nos volvemos injustos e ingratos. Pero los instintos no se dejan sujetar. ¡Quisiera bailar, silbar, ir en bicicleta, ver mundo, disfrutar de mi juventud, ser libre!

8 de mayo de 1944

Te aseguro que una vida sencilla, como la que anhelan mamá y Margot, no tiene para mí ningún aliciente. A mí me gustaría pasar un año en París y un año en Londres, para aprender los idiomas y estudiar la historia del arte... Quiero ver algo del mundo, vivir.

25 de abril de 1944

He escrito un cuento muy bonito. Se llama Blurry, el que quiso ver el mundo. A mis tres oyentes les ha gustado mucho.

BLURRY, EL QUE QUISO VER EL MUNDO

23 de abril de 1944

Cuando Blurry era todavía muy pequeño tuvo un día el deseo de librarse de la tutela de su mamá, la osa, y marcharse a ver el mundo.

Durante varios días, estuvo menos revoltoso que de costumbre, haciendo sus planes. Al cuarto día por la tarde, sus planes estaban trazados. A la mañana siguiente, muy temprano, bajaría al jardín, sigilosamente, desde luego, para que Miesje, su amita, no se diera cuenta. Luego, se arrastraría por un agujero de la valla y después... ¡después iría a ver el mundo!

Así lo hizo. Y tan cautelosamente que nadie advirtió su huida hasta varias horas después.

Al atravesar el agujero de la valla, Blurry quedó cubierto de tierra y basura, pero un oso, y mucho menos un osito de juguete, no se arredra por un poco de polvo. Así pues, con los ojos muy abiertos, para no tropezar con las piedras que cubrían el camino, Blurry, muy decidido, se dirigió hacia la calle principal.

Una vez allí, sintió miedo un momento, al ver a tanta gente y tan alta. A su lado, Blurry era una menudencia.

Lo mejor será hacerse a un lado, para que no me atropellen, pensó. Y era lo más prudente. Sí, Blurry era prudente, a pesar de que, aun siendo tan pequeño, quería ver el mundo.

Así pues, se colocó al borde de la acera, al lado opuesto a la pared, cuidando de no meterse entre la gente. De pronto, el corazón empezó a latirle con violencia. ¿Qué era aquello? A sus pies se abría un agujero negro. En realidad, se trataba de un imbornal, pero Blurry no lo sabía, y sintió vértigo. ¿Tendría que meterse allí? Miró, con miedo, a su alrededor, pero las piernas que, enfundadas en medias o en pantalones, se movían a su lado, pasaban junto al agujero como si tal cosa.

Sin acabar de recobrarse del susto, Blurry, con todo cuidado, se colocó nuevamente al lado de la pared.

Voy a ver el mundo. Pero ¿dónde estará el mundo? Todas estas piernas no me lo dejan ver. Me parece que soy todavía demasiado pequeño para andar por el mundo. Pero no importa, si bebo mucha leche, pronto seré tan alto como toda esa gente. Así pues, voy a seguir adelante. De un modo u otro conseguiré mi propósito.

Y Blurry siguió adelante, sin hacer caso de aquellas piernas, gordas y delgadas, que pasaban por su lado. Pero ¿es que tenía que andar siempre? Sentía un hambre atroz. Además, empezaba a oscurecer. Blurry no pensó que necesitaría comer y dormir. Al hacer sus intrépidos planes de descubrimiento, se olvidó de pensar en cosas tan prosaicas.

Suspiró y anduvo unos pasos más, hasta que vio una puerta abierta. Se quedó un momento en el umbral, dudando, pero al fin se decidió a entrar. Sin hacer ruido, se coló en la casa. La suerte le favoreció, pues, al cruzar otra puerta, debajo de una cosa con cuatro patas de madera, vio dos platos, uno lleno de leche y el otro lleno de sopa. Era tal su hambre que se bebió toda la leche de un trago, sin olvidarse de la nata y luego se tomó la sopa, quedándose muy feliz y satisfecho.

Pero, ¡horror! ¿Qué era aquello que se acercaba? Una cosa blanca, con ojos verdes se dirigía lentamente hacia él, sin dejar de mirarle. Cuando llegó a su lado, la cosa se detuvo y, con voz atiplada, le preguntó:

-¿Quién eres tú y por qué te has comido mi sopa?

Me llamo Blurry y voy a ver el mundo, pero para eso tengo que alimentarme, así es que me comí lo que había en el plato. Claro que no sabía que fuera tuyo.

-Vaya, vaya, conque a ver el mundo. Pero ¿por qué has tenido que comer en mi platito?

-Porque no vi ningún otro -contestó Blurry, malhumorado, pero luego, rectificando, dijo con voz más amable-: ¿Cómo te llamas y qué clase de criatura eres tú?

-Me llamo Mirwa y pertenezco a la raza de los gatos de Angora. Mi asna dice que soy muy valiosa. Pero me aburro, siempre sola. Blurry, ¿por qué no te quedas una temporada conmigo?

-Me quedaré a dormir -dijo Blurry con frescura, como si con ello hiciera un gran favor a la hermosa Mirwa-, pero mañana por la mañana tengo que continuar mi viaje.

De momento, Mirwa se dio por satisfecha.

-Ven conmigo -le dijo.

Y Blurry la siguió a otra habitación, en la que tampoco se veía más que patas. Patas de madera, gruesas y delgadas... Pero no, había algo más. En un rincón, había un cesto de mimbre y, encima, un almohadón de seda verde.

Mirwa, sin ningún cuidado, se subió al almohadón con las patas sucias; pero a Blurry le sabía mal ensuciarlo.

-¿Podría lavarme un poco? -preguntó.

-¡Pues claro! -contestó Mirwa-. Te lavaré yo misma.

Blurry no conocía aquel método de lavado. Si lo hubiera conocido, no le hubiera permitido empezar.

La gata le ordenó que se pusiera en pie y, con toda naturalidad, empezó a lamerle las patas. Blurry se estremeció y preguntó a Mirwa si aquél era su sistema de lavado.

-Sí -contestó ella-. Ya verás qué limpio te dejo y qué reluciente. Un osito de felpa bien limpio es bien recibido en todas partes y así podrás ver el mundo mucho antes.

Así es que Blurry tuvo que disimular sus estremecimientos y, como un osito valiente, no dijo esta boca es mía.

El lavado de Mirwa duró un buen rato. Blurry empezó a impacientarse. Le dolían las patas, de permanecer tanto rato en pie, sin moverse. Al fin quedó reluciente de verdad. Mirwa volvió a saltar al cesto y Blurry, muerto de cansancio, se echó a su lado. Mirwa se enroscó encima de él. Al cabo de cinco minutos, los dos estaban dormidos.

A la mañana siguiente, Blurry se despertó hecho un lío. Hasta al cabo de un buen rato no supo qué era lo que tenía en la espalda. Mirwa roncaba suavemente. Blurry tenía ganas de desayunarse, por lo que, sin contemplaciones, se sacudió de encima a su hospitalaria amiga y empezó a exigir:

-Mi desayuno, Mirwa. Tengo hambre. Mirwa bostezó, luego erizó el pelo hasta parecer el doble de grande y le contestó:

-No; no te doy nada más. Mi amita no debe darse cuenta de que estás aquí. Márchate, pues, cuanto antes.

Mirwa saltó del cesto y Blurry no tuvo más remedio que seguirla. Cruzaron la habitación, una puerta, otra puerta y, finalmente, otra de cristal. Ya estaban fuera.

-Buen viaje, Blurry. ¡Hasta la vista! -dijo Mirwa, y desapareció.

Solo y menos seguro de sí mismo que la víspera, Blurry cruzó el jardín y salió a la calle por un agujero de la valla. ¿Dónde iría ahora, y cuánto tardaría en ver el mundo? No lo sabía. Subía,

despacito, por una calle cuando, de pronto, de una esquina salió a todo correr una bestia enorme. Hacía mucho ruido con la garganta y a Blurry le dolían los oídos. Lleno de pavor, se arrimó a la pared de una casa. El gigante se detuvo delante de él y se le acercó. Blurry se echó a llorar de miedo, pero aquella fiera no hizo ningún caso de sus lágrimas; al contrario, se sentó sobre sus patas traseras y, con sus grandes ojazos, se puso a contemplar al «pobre osito». Blurry temblaba como una hoja. Finalmente, haciendo acopio de valor, preguntó:

-¿Qué quieres de mí?

-Sólo mirarte. Nunca había visto nada igual. Blurry respiró aliviado. Vaya, también con aquel gigante se podía hablar. ¡Qué raro! ¿Por qué no le entendía, entonces, su amita? Pero Blurry no tuvo mucho tiempo para reflexionar sobre ello, pues en aquel momento el animalote abrió la boca y enseñó todos los dientes. Blurry sintió un escalofrío mucho más violento que cuando Mirwa le lavaba. ¿Qué iría a hacer con él?

Lo supo muy pronto. Y no le gustó. Sin más ni más, el animal le cogió por la nuca con los dientes y echó a correr.

Blurry no podía llorar; se hubiera ahogado, y gritar, mucho menos. Lo único que podía hacer era temblar, y temblar no le infundía ningún valor.

Cierto es que ahora no tenía necesidad de andar. Si la nuca no le doliera tanto, la cosa no sería del todo desagradable. Era casi como ir en coche. Aquel movimiento le produjo sueño. ¿Dónde me llevará?

¿Dónde...? ¿Dónde...? Blurry acabó por dormirse.

Pero no durmió mucho rato. Por lo visto, la bestia se dio cuenta de pronto de que no sabía qué hacer con aquel bichejo que llevaba en la boca. Sin ningún miramiento, dejó caer a Blurry, no sin antes darle un buen mordisco en la nuca, y siguió corriendo.

Y el pobre osito que quería ver el mundo, se quedó solo con su dolor. Se puso en pie, para que la gente no le pisara y, restregándose los ojos, miró a su alrededor.

Menos piernas, menos muros, más sol y menos piedras bajo las patas. ¿Sería aquello el mundo? No podía pensar. Le parecía que alguien le estaba dando martillazos en la cabeza. No quería seguir andando, ¿para qué? ¿Dónde podía ir? Mirwa estaba muy lejos. Su mamá, más lejos aún y, con ella, estaba su ama. Pero, ¡no! El había salido para ver el mundo, y tenía que continuar.

Oyó ruido a su espalda y, asustado, volvió la cabeza. ¿Algún otro animal que querría morderle? No. Era una niña que acababa de descubrirle.

-Mira, mamá. Un osito. ¿Puedo cogerlo y llevármelo?

-No, hija. Está sucio y lleno de sangre.

No importa. En casa lo lavaremos. Me lo llevo, para jugar con él.

Blurry no comprendió lo que decían, sus oídos entendían únicamente el lenguaje de los animales, pero aquella niña rubia parecía simpática, por lo que no se resistió cuando ella le envolvió en un pañuelo y lo puso en una bolsa. Y de este modo continuó Blurry su viaje por el mundo.

Cuando hubieron recorrido un buen trecho, la niña lo sacó de la bolsa y lo llevó en brazos. ¡Qué alegría! ¡Por fin podía ver las cosas desde arriba!

Cuántas piedras, unas encima de otras, ¡y qué altas! De vez en cuando, un agujero pintado de blanco y, arriba, tocando el cielo, aquella cosa que, seguramente sería un adorno, algo así como la pluma que su ama llevaba en el sombrero. Por allí salía humo. ¿Es que aquella pluma fumaba cigarrillos como el papá de su ama? ¡Qué divertido! Pero, encima de las piedras había más, algo azul, y ahora venía una cosa blanca que tapaba lo azul, pero cuando hubo pasado por encima de sus cabezas, encima del humo volvía a estar azul como antes.

Allá lejos había algo que corría mucho, pero sin patas, con dos cosas redondas y planas. Desde luego, valía la pena ir a ver el mundo, en vez de quedarse siempre en casa. ¿Para qué nacemos? Desde luego, no para quedarnos toda la vida al lado de mamá. Ver mundo, vivir. Para eso quería Blurry hacerse mayor. ¡Oh, sí! Blurry sabía bien lo que quería.

Por fin, la niña se detuvo ante una puerta. Lo primero que vio Blurry al entrar fue una cosa muy parecida a Mirwa. Se llamaba gato, si mal no recordaba. El gato se restregó en las piernas de la niña rubia, pero ésta lo apartó a un lado y se fue con Blurry hacia una cosa blanca. Su ama tenía otro igual, pero Blurry no sabía cómo se llamaba. Aquella cosa estaba a bastante altura del suelo y era grande y resbaladiza. A un lado había unas llaves relucientes a las que se daba vueltas, y eso hizo entonces la niña. Le metió allí dentro y empezó a lavarle. Primero, la nuca, donde aquel animalote le había mordido. Dolía, y Blurry se puso a gruñir, muy enfadado, pero sus gruñidos no parecieron conmover a nadie. Afortunadamente, aquel lavado no duró tanto como el de Mirwa, pero mojaba más y era más frío.

La niña acabó pronto, lo secó, lo envolvió en una toalla limpia y lo metió en una cama con ruedas, igual a la que su amita utilizaba para él. ¿Por qué lo metía en la cama? Blurry no estaba cansado ni tenía ganas de acostarse.

Así es que, tan pronto la niña hubo salido de la habitación, él bajó de la cama y, después de cruzar muchas puertas, volvió a salir a la calle.

Ahora tengo que comer, pensó Blurry. Se puso a husmear. Por allí olía a comida. Guiándose por el olfato, llegó a la casa de donde salía el olor.

Por entre las piernas de una señora, Blurry se metió en la tienda. Detrás de un enorme armatoste había dos muchachas que no tardaron en descubrirle. Aquellas dos muchachas trabajaban mucho durante todo el día, y no iban a despreciar aquella ayuda que se les venía a las manos. Así es que lo cogieron y lo metieron en un cuarto bastante oscuro, en el que hacía un calor asfixiante. Pero la situación no era muy desagradable. Aquel cuarto, y eso era lo importante, estaba lleno de comida. En el suelo, y en estantes colocados alrededor de la habitación a escasa altura, había largas hileras de panecillos y pasteles. Blurry nunca había visto tantos ni tan buenos. Pero ¿qué era lo que había visto Blurry en realidad? No mucho, desde luego.

Blurry se lanzó ávidamente sobre los pasteles y comió tantos que casi le sentaron mal. Luego se dedicó a explorar. Verdaderamente, había mucho que ver. Aquello parecía Jauja. Por todas partes, panecillos, pasteles, tartas y galletas. Para cogerlos, no tenía más que alargar la mano. También había mucho movimiento, y muchas piernas blancas, pero eran completamente distintas de las que se veía por la calle.

No se puede decir que le dejaran mucho tiempo para explorar. Las muchachas, que no lo perdían de vista, le pusieron una escoba en la mano y, por señas, le indicaron que tenía que barrer. ¡Claro que sabía barrer! A menudo, lo había visto hacer a su mamá. Muy animoso, puso manos a la obra. Pero no era fácil. La escoba pesaba mucho y el polvo le hacía cosquillas en la nariz obligándole a estornudar. Además, hacía mucho calor. Blurry notó que sus fuerzas le abandonaban. No estaba acostumbrado al trabajo ni al calor. Pero cada vez que se paraba a descansar un momento, siempre había alguien que le obligaba a seguir trabajando y que, además, le propinaba algún que otro papirotazo.

¡Ojalá no me hubiera metido aquí!, pensaba

Blurry. Ahora no tendría que hacer este trabajo tan odioso. Pero de nada iba a servir lamentarse. Había que barrer, y Blurry barría.

Después de dar muchas vueltas por la habitación, tuvo toda la basura recogida. Entonces, una de las chicas, lo cogió de la mano y lo llevó a un rincón en el que había un montoncito de virutas duras y amarillas. Lo dejó allí encima y Blurry comprendió que entonces podía dormir. Como si aquello fuera un cómodo sofá, se tendió cuan largo era y se quedó dormido.

A las siete de la mañana, le obligaron a levantarse, le dejaron comer golosinas hasta saciarse y le pusieron de nuevo a la labor. ¡Pobre Blurry! ¡Si todavía estaba cansado de la víspera! No estaba acostumbrado al trabajo y lo que más le molestaba era el calor. Le dolían los ojos y la cabeza, y le parecía que en su interior todo se hinchaba.

Por primera vez, añoró su hogar. Pensó en su mamá, en su amita, en su cama y en la cómoda vida que allí hacía. ¿Pero cómo podría llegar hasta allí? Escapar era imposible, pues estaba muy

vigilado, y la única puerta que podía abrirse comunicaba con la habitación donde estaban las dos muchachas. Ellas le impedirían marchar.

No; Blurry tendría que esperar.

No podía pensar con claridad. Se sentía débil y muy triste. De pronto, todo empezó a darle vueltas y tuvo que sentarse en el suelo. Nadie le regañó. Cuando pasó el mareo, reanudó su trabajo.

A todo se acostumbra uno, y Blurry acabó por acostumbrarse a aquella vida. Después de trabajar desde la mañana hasta la noche durante una semana, no hubiera sabido hacer nada más.

Los ositos olvidan pronto, afortunadamente. Aunque Blurry no olvidaba ni a su mamá ni su viejo hogar. Pero ahora parecía tan lejano, tan inaccesible...

Una tarde, las dos muchachas que lo habían cogido, leyeron el siguiente anuncio en el periódico: «Se gratificará devolución de un osito pardo. Atiende por Blurry.»

-¿Será el nuestro? -se preguntaron-. No sirve para trabajar, aunque de un osito tan pequeño no hay que esperar tal cosa. Será mejor que lo devolvamos, para que nos den la recompensa. Entraron en el almacén y llamaron:

-¡Blurry!

Blurry levantó la cabeza. ¿Le habían llamado? El escobón cayó al suelo. El osito enderezó las orejas. Las muchachas se acercaron y volvieron a llamarle.

-¡Blurry!

Blurry fue corriendo hacia ellas.

-Sí; se llama Blurry. Hoy mismo iremos a devolverlo.

Aquella misma noche, Blurry fue devuelto a su ama, y las dos muchachas recibieron la recompensa. Por su escapatoria, Blurry recibió de su ama una buena paliza, y después un beso. Su madre se limitó a decirle:

-Blurry, ¿por qué te escapaste? -Quería ver el mundo.

-¿Y lo viste?

-Oh, he visto mucho. Soy un oso con gran experiencia.

-Sí; ya lo sé. Pero lo que te pregunto es si has visto el mundo.

Pues... lo que se dice verlo... Es que no pude encontrarlo.

7 de marzo de 1944

Por las noches, cuando estoy en la cama... no pienso en la miseria que hay en el mundo, sino en lo que el mundo tiene de hermoso. Aquí se advierte también la gran diferencia que hay entre mamá y yo. Cuando alguien está deprimido, ella aconseja: «Piensa en todo el dolor que hay en el mundo, y da gracias a Dios por lo que tienes.» Yo digo: «Sal al campo, ponte en contacto con la

Naturaleza y deja que te dé el sol. Piensa en lo bello que hay en ti mismo y en todo lo que te rodea y alégrate. »

En mi opinión, el consejo de mamá está equivocado, pues, ¿qué recurso te queda cuando la desgracia te aflige a ti mismo? Estás perdido. Por el contrario, yo creo que incluso en medio de la desgracia, siempre queda algo hermoso; la Naturaleza, el sol, la libertad y algo dentro de ti. Por este camino te encontrarás a ti mismo y encontrarás a Dios y entonces tendrás equilibrio.

El que es feliz hace felices a los que le rodean. El que tiene valor y confianza no será vencido por la desgracia.

9 de mayo de 1944

El cuento del hada Ellen está terminado. Lo he puesto en limpio, en buen papel, con adornos en tinta roja y lo he encuadernado. Ha quedado muy bien, pero ¿no será poca cosa para regalar a papá en su cumpleaños?